

COMERCIO Y PRODUCCIÓN DE LIBROS EN COSTA RICA: UNA PERIODIZACIÓN PRELIMINAR¹

Iván Molina Jiménez²

Recibido: 22/3/2011 - Aprobado: 21/6/2011

RESUMEN

En el presente artículo, se propone una periodización para comprender los principales cambios experimentados por la producción, la comercialización y el consumo de libros en Costa Rica. El análisis respectivo comprende desde la época colonial hasta la actualidad, y presta particular atención al establecimiento de imprentas, librerías, editoriales y bibliotecas.

Palabras clave: historia, libros, Costa Rica, editoriales, bibliotecas

ABSTRACT

This article proposes a periodization for understanding the main changes experienced by the production, marketing and consumption of books in Costa Rica. The respective analysis ranges from colonial times to the present, and pays particular attention to the establishment of printing presses, bookstores, publishers and libraries.

Keywords: history, books, Costa Rica, publishers, libraries

1. INTRODUCCIÓN

Como campo especializado de estudio, la historia del libro, que se configuró a partir de la década de 1960, abarca diversos ejes temáticos. Entre los principales, están la producción, distribución y circulación de los libros, los asuntos o los géneros de las obras publicadas, los cambios en los procesos de impresión y encuadernación, la creación de círculos de lectores, la apertura de bibliotecas y librerías y las transformaciones experimentadas por la práctica de la lectura. En Costa Rica, algunos de estos aspectos han sido estudiados para diversos períodos y regiones, pero aún se está lejos de contar con un análisis de conjunto.

¹ Conferencia dictada el 4 de agosto del 2010 en la Sala de Conferencias de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional (Heredia), en el marco de la Feria Interuniversitaria del Libro. Agradezco los comentarios y sugerencias de Grace Prada, Ana Ruth Vílchez y Alexandra Meléndez.

² Catedrático de la Escuela de Historia e investigador del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA) de la Universidad de Costa Rica.

Por esta razón, el presente artículo se limitará a considerar algunas tendencias principales a partir de una periodización básica.

2. ANTES DE LA IMPRENTA

El primer período en la historia del libro en Costa Rica comprende la colonia y los primeros años de vida independiente. Durante esta etapa, los libros que circularon en Costa Rica eran importados, ya que en la provincia no había imprenta. Se desconoce de dónde eran traídos, pero es verosímil que la mayoría procediera de España, México y Guatemala. En su mayoría, se trataba de obras religiosas, dominadas por los catecismos, novenas y breviarios, aunque había algunos libros seculares, referidos a temas de comercio, política, derecho y medicina. Tales libros parecen haber sido introducidos fundamentalmente por comerciantes y funcionarios civiles, militares y eclesiásticos; y por vía de herencia, se transmitían de unos propietarios a otros. Las obras más caras, por su tamaño, confección y extensión, pertenecían a los sectores más acaudalados, en tanto que, entre campesinos y artesanos, predominaban, aparte de obras religiosas, cartillas y catones, utilizados para enseñar a leer y a escribir.

Todo indica que, durante la segunda mitad del siglo XVIII, hubo algún incremento en el acceso al libro, relacionado en buena medida con la expansión educativa que fue promovida por las reformas borbónicas. Este proceso fue reforzado por la Constitución de Cádiz (1812) que, al fomentar la constitución de ayuntamientos electivos (los cuales tenían a su cargo la educación), propició la apertura de nuevas escuelas. Asimismo, en este período parece haber ocurrido un alza en la circulación de obras profanas, un proceso fomentado por la Ilustración. En Costa Rica, sin embargo, los libros prohibidos, hasta donde se conoce, circularon muy limitadamente. Después de la independencia, alcanzada en 1821, la importación de obras seculares, por parte de los comerciantes, se intensificó.

3. IMPRENTAS, LIBRERÍAS Y BIBLIOTECAS (1830-1940)

El mundo del libro en Costa Rica cambió significativamente a partir de 1830. Para empezar, en este último año se introdujo la primera imprenta al país, por lo que se inició la producción local de obras. Las imprentas existentes se concentraban en la publicación de textos oficiales (encargados por el Estado), libritos religiosos y textos escolares. Aunque no tenían departamentos especializados de librería, tales talleres también vendían al menudeo parte de lo que producían. En contraste, la importación de obras nuevas y actualizadas quedó en manos de los comerciantes, quienes las ofrecían en sus tiendas y almacenes, junto con los otros productos que también traían del exterior.

Con la conversión de la Casa de Enseñanza de Santo Tomás (1814) en universidad, a partir de 1843, se constituyó la primera biblioteca pública conocida, a la que podían tener acceso no sólo los estudiantes y profesores universitarios, sino el público en general. Esta biblioteca

fue formada principalmente con libros adquiridos directamente en Europa por comerciantes comisionados por la institución de educación superior ya citada. Mayoritariamente, la colección universitaria estaba compuesta por libros científicos y filosóficos, que consistían en traducciones al español de obras publicadas en otros idiomas. No obstante, también la biblioteca tenía una pequeña, pero importante sección de libros en francés.

Tras la clausura de la Universidad de Santo Tomás en la década de 1880, su patrimonio bibliográfico se convirtió en la base de la Biblioteca Nacional (1888). En las décadas siguientes, empezó a configurarse un sistema de bibliotecas públicas, al abrirse locales de este tipo en las principales poblaciones del país. Por otra parte, las escuelas universitarias que permanecieron abiertas o se inauguraron posteriormente (la de Derecho, en particular) disponían de sus propias bibliotecas, así como algunos de los principales colegios del país. Igualmente, instituciones como el Museo Nacional (1887) y organizaciones de diversa índole, como las logias masónicas y los círculos espiritistas, contaban con sus propias bibliotecas especializadas y también importaban libros afines a sus intereses para venderlos entre sus asociados.

Igualmente, algunas personas llegaron a constituir importantes bibliotecas privadas, como fue el caso del educador e intelectual heredianista Luis Dobles Segredá (1890-1955). Alrededor de 1910, él empezó a formar una biblioteca con todos los materiales que pudo conseguir publicados en Costa Rica e impresos en el exterior sobre temas costarricenses. La denominó "Letras Patrias". Esta valiosa colección, que incluía varios miles de libros y folletos que circularon entre inicios del siglo XIX y las primeras décadas del XX, fue adquirida por la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos en 1943. Los volúmenes monográficos, en su mayoría, fueron catalogados de manera individual e incorporados en las secciones correspondientes de la institución compradora. En contraste, el resto, que comprendía casi 4.000 títulos encuadernados en 808 volúmenes, permaneció como un acervo especial en la División de Estudios Hispánicos.

La primera librería con que contó el país fue abierta en 1856, como un departamento de la imprenta "El Álbum". A diferencia de la biblioteca universitaria, el énfasis de la librería eran las obras literarias (especialmente novelas) y las religiosas. También la librería disponía de pequeñas colecciones en las áreas de filosofía, derecho, ciencias, geografía e historia; pero su catálogo respondía básicamente a las preferencias del público de la época. Conviene indicar que, por entonces, predominaba la concepción de que las personas serias no leían obras de ficción, las cuales se asociaban con el simple entretenimiento. Novelas, cuentos y dramas estaban destinados a quienes lo único que les interesaba era "divertirse".

Aunque el taller de "El Álbum" no estaba concentrado en la producción de libros, su modelo empresarial, que combinaba impresión de materiales locales con la comercialización de obras importadas, fue adoptado por los principales talleres tipográficos fundados posteriormente. En este sentido destacaron los establecimientos abiertos, entre finales del

siglo XIX e inicios del XX, por inmigrantes como Antonio Font, Vicente Lines, Antonio Lehmann y Avelino Alsina. Este modelo fue seguido luego por casas como la Trejos y la Librería Universal. Algunas de estas librerías tuvieron sucursales o distribuidores en diversas áreas del país, y practicaron la venta de obras por correo.

Un aspecto que vale la pena resaltar es que, aunque algunas imprentas de provincia incursionaron en la producción de libros, esta actividad, así como la comercialización de obras importadas, estuvo dominada por las empresas josefinas. De hecho, una pequeña proporción de talleres, ubicados en San José, concentró la producción de libros y folletos en este período. Dos de los más importantes fueron la Imprenta Nacional y la casa Alsina, que contaban con la mejor tecnología del país y figuraban entre las principales empresas de su tipo en América Central. Por otra parte, entre los importadores de libros destacaron la Librería Española, que pertenecía a la familia Lines y la empresa de Falcó y Borrásé.

Sin duda, hubo un crecimiento y diversificación en los libros importados en la segunda mitad del siglo XIX, proceso que tenía por base la expansión de la alfabetización popular, especialmente en las ciudades principales. Las importaciones, a su vez, tendieron a estar dominadas por libros de carácter secular entre los cuales prevalecían las obras de ficción (sobre todo novelas) y textos de distintas disciplinas. Igualmente, a medida que las luchas artesanas y obreras centraban la atención pública en la cuestión social —la pobreza asociada con el capitalismo agroexportador—, libros anarquistas, socialistas y comunistas empezaron a circular en el país, incluidas algunas obras de Marx y Engels.

Por el lado de la producción local, las imprentas se concentraron en la publicación de materiales oficiales (informes, memorias), de obras de carácter político y de libros de texto y de divulgación científica. El cambio más significativo ocurrido en las dos últimas décadas del siglo XIX fue la publicación de obras de ficción costarricense, especialmente novelas, cuentos, dramas y poemarios. Si bien algunas de las imprentas existentes operaban en el mismo sentido que una editorial actual, es decir, recibían manuscritos, los hacían dictaminar y luego decidían si los publicaban, tal práctica fue la excepción. La común era que los autores buscaran formas para financiar la publicación de sus obras, ya que las imprentas por lo general solo corrían el riesgo de publicar por su cuenta cuando el manuscrito propuesto parecía tener una venta segura (libros de texto, en particular). Aun en el caso de la Imprenta Nacional, el apoyo político era más importante que un dictamen para asegurar la publicación.

En las condiciones indicadas, no sorprende que la producción local estuviera dominada por libros de pequeño formato y corta extensión, impresos a dos tintas y en pasta suave, de los cuales se imprimían entre 300 y 500 ejemplares. Las obras que se apartaron de este patrón fueron aquellas que, por diversas circunstancias, contaban con un financiamiento apropiado, logrado mediante una recaudación privada o por medio del apoyo del Estado. También entre las excepciones deberían contarse algunas obras de divulgación científica

o textos escolares, de las cuales se podían imprimir varios miles de ejemplares, como la *Cartilla histórica*, de Ricardo Fernández Guardia (1909), o *¿El peligro de cometa Halley?*, de Juan Rudín (1910).

4. EL SURGIMIENTO DE LAS EDITORIALES (1940-1980)

Entre las décadas de 1940 y 1980, el cambio más importante ocurrido en el mundo del libro costarricense fue el desarrollo de las editoriales. Las primeras en ser fundadas, sin embargo, tuvieron un claro origen político, como fueron la Editorial Surco (1942), constituida por los jóvenes que formaban el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales y la Editorial Vanguardia (1946), perteneciente al Partido Comunista. Vale la pena añadir que esta última organización, desde su fundación en 1931, inició una activa importación de materiales socialistas y comunistas y que llegó a disponer no sólo de una biblioteca, sino de una librería. Ambas editoriales, por sus características, estaban lejos de ajustarse a la dinámica de una casa editora profesional.

La primera editorial que operó con estos criterios fue la Editorial Universitaria, de la Universidad de Costa Rica, que publicó diversas obras entre 1947 y 1958. Esta editorial no debe ser confundida con la actual casa editora de esa institución. Poco es lo que se conoce de esta primera editorial universitaria, excepto que solía imprimir sus obras en talleres privados, como el de los Lehmann. Aunque no se sabe por qué desapareció, es probable que fuera desplazada por el Departamento de Publicaciones de esa misma universidad. Además, en 1959, se fundó la Editorial Costa Rica, que rápidamente se convirtió en la principal editorial del país. Durante las décadas de 1960 y 1970 otras editoriales empezaron a operar en el país (de hecho, imprentas como la Lehmann y Trejos experimentaron un desarrollo en esta dirección), entre las cuales cabe destacar la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), perteneciente a la Confederación Universitaria Centroamericana y el Departamento de Publicaciones del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. La Editorial Costa Rica, sin embargo, mantuvo un claro predominio cultural y comercial.

Por el lado de las bibliotecas, en este período terminó de configurarse un sistema bibliotecario nacional, que fue reforzado por el desarrollo de las bibliotecas universitarias, primero las de la Universidad de Costa Rica y luego las de las otras universidades públicas creadas después de 1970, como la Universidad Nacional, el Instituto Tecnológico y la Universidad Estatal a Distancia. Nuevas instituciones, a su vez, desarrollaron bibliotecas generales o especializadas, como la Asamblea Legislativa, la Caja Costarricense de Seguro Social y el Instituto Nacional de Aprendizaje. Por último, la expansión de la enseñanza secundaria también supuso un aumento en el número de bibliotecas colegiales.

A nivel de librerías, la Universal, la Lehmann y la Trejos tendieron a dominar el mercado, al tiempo que establecimientos más especializadas, en términos académicos o políticos,

satisfacían a sectores específicos, como la Cooperativa de Libros, establecida en la Universidad de Costa Rica para atender la demanda de los cursos universitarios, o la Librería Internacional, administrada por la escritora comunista Luisa González. Esta última librería, ubicada en lo que ahora se conoce como la Calle de la Amargura en San Pedro de Montes de Oca, se especializó en la distribución de libros cubanos y soviéticos (traducidos al español) y continuó con la labor en este campo iniciada por el Partido Comunista desde la década de 1930.

Evidentemente, la extraordinaria expansión y diversificación en la producción y la importación de libros que Costa Rica experimentó entre 1950 y 1980 tuvo por base el crecimiento de la matrícula secundaria y universitaria y la ampliación de los sectores medios. En una sociedad con un poder de compra creciente, aún los libros importados quedaron al alcance de una proporción mayor de lectores. Esto facilitó que, durante esta época, las librerías costarricenses -particularmente las josefinas- contaran con amplias existencias de obras impresas en España y en diversos países de América Latina, especialmente en México y Argentina. Fue en este marco que, en 1978, se fundó la Cámara Costarricense del Libro.

De más importancia aún fue el hecho de que, con la universalización de la primaria de seis grados y el incremento de la población colegial, empezó a expandirse el mercado de libros de texto. A tal proceso contribuyó, de manera decisiva, el Ministerio de Educación Pública, al elaborar listas de las obras que debían ser leídas obligatoriamente por los estudiantes. Al incorporar títulos de autores nacionales a estos listados, se abrió un espacio decisivo para que creciera, por primera vez de manera sistemática, el consumo de la producción local, un fenómeno que favoreció especialmente a la Editorial Costa Rica, cuyos tirajes por esta época se contaban en miles de ejemplares.

5. LA CRISIS Y SU IMPACTO (1980-1995)

Con la crisis económica de 1980, los libros importados se encarecieron súbita y significativamente, al tiempo que el poder de compra de la población, en su conjunto, se deterioraba. En tales condiciones, buena parte de las librerías, grandes y pequeñas, empezaron a disminuir sus secciones propiamente de libros y a ampliar las dedicadas a otros productos, como las de artículos de oficina. Igualmente, sus existencias de libros tendieron a desactualizarse y a reducirse. En respuesta a esta situación, nuevas librerías se orientaron a satisfacer la demanda universitaria mediante una estrategia basada en la importación de pequeñas cantidades de textos cuidadosamente seleccionados.

A su vez, la Editorial Costa Rica, afectada por una serie de conflictos internos y por las dificultades para comercializar sus libros, perdió la posición estratégica que tenía. Las nuevas editoriales públicas que vinieron a ocupar su lugar fueron las editoriales universitarias: la de la Universidad de Costa Rica, la de la Universidad Nacional, la de la Universidad

Estatual a Distancia y la Tecnológica, que empezaron a operar desde finales de la década de 1970. Estas nuevas casas editoras comenzaron a concentrar buena parte de la creciente producción académica, propiciada por el aumento en el número de tesis de grado y de posgrado, al tiempo que la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia abrió la primera de lo que luego se convertiría en una red de librerías propias. Asimismo, nuevas editoriales privadas o adscritas a organismos internacionales abrieron sus puertas, con una tendencia a especializarse en el área de ciencias sociales, como la Editorial Porvenir, Juricentro, Alma Máter, Departamento Ecuménico de Investigaciones, FLACSO-Costa Rica y Guayacán.

En este proceso de expansión, que se ubicó entre las décadas de 1970 y 1980, jugaron un papel importante exiliados de diversos países centro y suramericanos, algunos de los cuales, en un primer momento, se articularon en torno a Editorial Universitaria Centroamericana y posteriormente desarrollaron sus propios proyectos específicos. Tal fue el caso de Hugo Assmann, Franz Hinkelammert y Pablo Richard, que organizaron el Departamento Ecuménico de Investigaciones en 1977. Poco después, el filósofo argentino Dante Polimeni fundó una librería en Heredia que, más tarde, dio origen a Macondo: ubicada frente a la entrada principal de la Universidad de Costa Rica, este nuevo establecimiento mantuvo, por alrededor de diez años, un importante liderazgo en las importaciones de obras de ciencias sociales. Por esta misma época, fueron establecidas la editorial y librería Nueva Década, desarrolladas por el chileno Eduardo Montecinos.

A mediados del decenio de 1980, la expansión inicial de la computación en el país llevó a una transformación decisiva en el proceso de producción de libros, en particular en el área de pre-prensa. Mediante la diagramación electrónica basada en programas especializados de cómputo, editoriales pequeñas que carecían de talleres de impresión (e incluso personas físicas) podían ahora preparar sus propios libros y contratar por aparte los servicios de impresión y encuadernación. El potencial que esta opción ofrecía se amplió a medida que las capacidades de las computadoras crecieron y que las aplicaciones para diagramar, ilustrar y retocar fotografías se volvieron más sofisticadas. En contraste con esta innovación tecnológica, los tirajes de obras nacionales tendieron a disminuir y a ubicarse entre 500 y 1000 ejemplares.

Superada la crisis de 1980, las condiciones para un aumento y diversificación en el consumo del libro vinieron dadas por la expansión de la educación privada, en todos los niveles y por los esfuerzos estatales por recuperar el nivel de inversión en la educación pública logrado antes de la crisis. Como resultado de lo anterior, el mercado para los libros de texto se tornó más competitivo y rentable (tanto para materiales producidos localmente como para los importados). En 1995, se calculaba que este mercado movilizaba unos 200 millones de dólares al año, por lo que no sorprende que algunas editoriales transnacionales empezaran a incursionar en Costa Rica. A esto cabría agregar que, con la multiplicación de universidades privadas, se reforzó también la comercialización de los libros especializados en distintas áreas del conocimiento.

6. DE 1995 AL PRESENTE

El potencial del nuevo mercado del libro fue visualizado por empresas como la Lehmann y la Universal, que empezaron a ampliar el número de sus tiendas. Sin embargo, el liderazgo en este proceso le cupo al austriaco Hans Venier: en 1995, fundó la Librería Internacional, que se concentró en satisfacer las múltiples demandas de una nueva generación de lectores con un mayor poder de compra. La nueva empresa pronto se convirtió en una cadena de librerías desarrollada según el modelo de corporaciones como Barnes and Noble y Borders; en el 2000, inauguró una nueva cadena de libros: Libro Max; y en el 2004, la Editorial Jadine. Por esta misma época, Amazon.com comenzó a satisfacer la demanda de un sector de los lectores costarricenses.

En este período, a medida que las editoriales universitarias se expandieron, la Editorial Costa Rica quedó reducida a una editorial menor. Su posición fue debilitada aún más porque nuevas editoriales privadas, más abiertas a las formas alternativas de literatura, como Alambique, Perro Azul, Uruk y Legado, entre otras, comenzaron a captar una buena parte de la producción local. Asimismo, algunos prestigiosos autores costarricenses empezaron a publicar con sellos como Alfaguara, Norma y Santillana. Además, gracias a los cambios tecnológicos que la computación introdujo en los procesos de producción de los libros, numerosos autores se arriesgaron a publicar sus obras por cuenta propia.

Varios de los cambios más importantes de este período están relacionados con el desarrollo de la computación e Internet. Por un lado, los catálogos de las bibliotecas nacionales e internacionales se volvieron accesibles en línea, al igual que una cantidad creciente de libros digitalizados, ya sea para la descarga pagada o para la consulta gratuita. En este sentido, cabe destacar el papel jugado por el proyecto GoogleBooks, que permite visualizar, de manera parcial o completa, cientos de miles de libros publicados en todo el planeta y el programa de publicación electrónica de libros llevado a cabo, en los últimos años, por la Biblioteca Nacional de Costa Rica. Iniciativas similares, emprendidas por otras instituciones como la Universidad de Costa Rica, están ya en curso.

Publicar electrónicamente también se ha convertido en una opción atractiva para diversos autores de distintas edades, condición social y nivel educativo. Algunos lo han hecho mediante editoriales especializadas en este tipo de producción, otros simplemente por medio de blogs personales, que pueden admitir comentarios de sus audiencias de lectores, por lo general pequeñas y basadas en lazos familiares, laborales y personales. Evidentemente, los textos dados a conocer en los blogs, así como aquellos impresos por el propio autor, se privan de los beneficios asociados con los procesos de revisión y crítica, que son fundamentales para garantizar un mínimo de calidad. En este contexto, el extraordinario desarrollo de las redes sociales ha venido a consolidar nuevas prácticas de escritura y lectura, crecientemente coloquiales y ajenas a criterios objetivos para valorar los contenidos de la información que se publica.

Los problemas enfrentados por las editoriales locales –públicas y privadas– para comercializar su producción mediante las librerías, se agravaron a partir de la crisis de 1980. En respuesta a este desafío, a partir de la década de 1990 las casas editoras han procurado desarrollar nuevos espacios y actividades para ofrecer sus obras, a menudo en colaboración con las principales librerías. De estos esfuerzos los más conocidos son los distintos tipos de ferias del libro que se realizan en el país a lo largo del año, pero también debe destacarse la apertura de la Librería Exposición Permanente de la Edición Costarricense, que abrió sus puertas a inicios de la década del 2000 y mantiene un catálogo actualizado de la mayoría de las publicaciones realizadas en el país. Además, mediante Internet se puede tener acceso al catálogo y adquirir los libros desde cualquier lugar de Costa Rica o del exterior.

La Universidad Estatal a Distancia, aparte de contar con 5 librerías propias, ubicadas en Cartago, Heredia y San José, disponía a finales de la década del 2000 de varios establecimientos afiliados que también comercializan su producción editorial, localizados en lugares distantes, como Pérez Zeledón, Guápiles, Ciudad Neily y San Ramón. Mención especial merecen también algunos comercializadores independientes que operan dentro de la Universidad de Costa Rica y de la Universidad Nacional, así como las ahora desaparecidas librerías Claraluna, que enfatizaba en la venta de materiales con enfoque de género y manuscritos, que se especializó en la distribución de obras de historia y ciencias sociales.

Asimismo, los libros han incrementado su presencia en los medios. Aparte de los suplementos “Áncora” de *La Nación* y “Los Libros” del *Semanario Universidad*, surgidos entre las décadas de 1970 y 1980, actualmente los libros son promocionados, de manera sistemática, en varios sitios en Internet como Clubdelibros.com, Culturacr.Net y Redcultura.com. Igualmente, las presentaciones de libros se han convertido en una actividad regular de la cultura costarricense y existen por lo menos una sección televisiva (“Blanco y negro”, de Telenoticias de Canal 7) y un programa específico (“Punto y Coma, que se transmite por los canales 13 y 15 y es producido por la Universidad Estatal a Distancia) dedicados a los libros.

7. EPÍLOGO

De acuerdo con la información disponible, Costa Rica es el país de Centroamérica que más libros produce y comercializa per cápita; asimismo, es el que más obras importa y exporta en relación con el tamaño de su población. La mayoría de sus exportaciones se dirigen a los otros países del istmo y sus importaciones están dominadas por obras provenientes de Estados Unidos, México y España. Debería indicarse, finalmente, que gracias a las nuevas estrategias de promoción y comercialización llevadas a cabo por las editoriales, el consumo de obras locales ha tendido a aumentar en las últimas dos décadas, un cambio al que, aparte de la creciente población estudiantil universitaria, pueden haber contribuido los cientos de miles de turistas que visitan el país cada año, así como los estudiantes y profesores de numerosos programas de intercambio académico. En la actualidad, profundos cambios se

anuncian una vez más en el horizonte. Con la comercialización de libros electrónicos y de los dispositivos necesarios para leerlos, todo un nuevo capítulo empieza a abrirse en la historia del libro en Costa Rica.

8. BIBLIOGRAFÍA

CALDERÓN Salas, Minor. 2009. "La industria editorial y el libro en Costa Rica". En: **Revista Comunicación**, 18 (30): 43-51.

CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ. 2010. **Oportunidades comerciales. Libros y folletos en Costa Rica**. Bogotá: Cámara de Comercio de Bogotá.

CAÑAS Escalante, Alberto. 1993. "Chisporroteos". **La República**, 21 de agosto de 1993: 21 A.

CENTRO REGIONAL PARA EL FOMENTO DEL LIBRO EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE. 2005. **Producción y comercio internacional del libro en Centroamérica, República Dominicana y Cuba**, 2003. Diagnóstico estadístico. Bogotá: CERLALC.

CUEVAS Molina, Rafael. 1996. **El punto sobre la í. Políticas culturales en Costa Rica (1948-1990)**. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

DOBLES Segreda, Luis. 1927-1936 y 1968. **Índice bibliográfico de Costa Rica**, 11 tomos. San José: Imprenta Lehmann y Asociación Costarricense de Bibliotecarios.

HANKE, Lewis. 1944. "The Luis Dobles Segreda Collection". En: **Quarterly Journal of the Library of Congress**, 1: 57-62.

MOLINA Jiménez, Iván. 2010. **Moradas y discursos. Cultura y política en la Costa Rica de los siglos XIX y XX**. Heredia: Editorial Universidad Nacional.

_____. 2010. "El Partido Comunista de Costa Rica y la importación y comercialización de materiales impresos (1931-1948)". En: **Historia y Política. Ideas, Procesos y Movimientos Sociales**, 24: 237-262.

_____. 2004. **La estela de la pluma. Cultura impresa e intelectuales en Centroamérica durante los siglos XIX y XX**. Heredia: Editorial Universidad Nacional.

_____. 1995. **El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)**. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica y Editorial Universidad Nacional.

MONTECINOS Cisternas, Eduardo. 2007. "Librería Nueva Década, Costa Rica". En: **Cuadernos Hispanoamericanos**, 689: 55-58.

OLIVA Medina, Mario. 1985. **Artesanos y obreros costarricenses 1880-1914**. San José: Editorial Costa Rica.

VARGAS Villalta, Deyanira. 1971. **"Impresión y comercio del libro en Costa Rica"**. Tesis de Licenciatura en Bibliotecología, Universidad de Costa Rica.

VEGA Jiménez, Patricia. 2006. "Libros y librería en la Costa Rica de inicios del siglo XX". En: Cámara Costarricense del Libro, **"El Album", 150 años de las librerías en Costa Rica**. San José: Cámara Costarricense del Libro, 15-24.

_____. 1995. **De la imprenta al periódico. Los inicios de la comunicación impresa en Costa Rica 1821-1850**. San José: Editorial Porvenir.

DOCUMENTOS